

Pedro Fabro, el peregrino saboyano

Santiago Madrigal

En este año jubilar de los centenarios ignacianos, hacemos memoria de los tres primeros jesuitas. Dentro de esta tríada se llevan la palma de los honores los dos santos: el de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, y el de Javier, gran misionero de Oriente. Aunque más desconocido, este otro co-fundador de la Orden que es el Beato oriundo de la Saboya francesa, no se queda a la zaga. Pedro Fabro ostenta varios títulos: el primer compañero de Ignacio y «hermano mayor de todos nosotros», el primer sacerdote de la Compañía de Jesús y «el primero en dar los Ejercicios», teólogo parisiense y «primer lector de teología jesuítica» en la Sapienza de Roma. Las páginas que siguen pretenden poner de relieve una visión de la espiritualidad y del periplo vital del Peregrino saboyano con ocasión del quinto centenario de su nacimiento.

Pedro Fabro en boca de sus contemporáneos

El 1 de agosto de 1546, camino del concilio de Trento, muere en Roma Pedro Fabro, uno de los primeros compañeros de S. Ignacio. Dos fechas enmarcan de manera especial su peripecia vital y trazan sus coordenadas biográficas: por un lado, el 27 de septiembre de 1540, día en el que el papa Paulo III había dado su aprobación a la Compañía de Jesús; por otro, el 13 de diciembre de 1545, jornada inaugural del concilio de Trento, cuando habían transcurrido 28 años desde el comienzo de la Reforma protestante. En aquellos momentos convulsos de la cristiandad latina, la palabra «reforma», con su múltiple sentido de reforma personal y eclesial, flotaba pesadamente en el ambiente.

A cinco siglos de distancia puede decirse de este hombre, que ha intervenido directamente en la fundación de la Compañía de Jesús y en las primeras conversaciones con los protestantes, que su conversión interior se ha visto moldeada en el troquel de la genuina experiencia de los Ejercicios espirituales de S. Ignacio y que encarna al mismo tiempo el ideal de reforma eclesial propugnado en sus orígenes por la orden jesuítica.

¿Quién es Pedro Fabro?

Tomemos prestado el interés por conocer a este hombre de uno de sus contemporáneos, el prior de la cartuja de Colonia, Gerardo Kalkbrenner von Hammont, que, en carta del 31 de mayo de 1543 al prior de la cartuja de Tréveris, resaltaba entre sus virtudes una singular familiaridad con Dios que le colocaba a la altura del mismo Fundador de la Compañía de Jesús: «Dios nos ha suscitado varones apostólicos (...) El primero se llama Ignacio que está en Roma (...) y otros cultivan la viña del Señor. Uno de ellos está en Maguncia con el Cardenal, varón de gran santidad; se llama Pedro Fabro, teólogo de París. Da a los hombres que se le entregan con buena voluntad unos ciertos ejercicios singulares con los que en pocos días obtienen verdadero conocimiento

de sí mismos y de sus pecados, la gracia de las lágrimas, verdadera y animosa conversión de todas las cosas creadas a Dios, progreso en las virtudes y secreta familiaridad, amor y amistad con Dios. Ojalá se me presente ocasión de ir a Maguncia. Para conseguir un tesoro así tendríamos que ir hasta las Indias. Espero que el Señor me conceda, antes de morir, ver a este hombre de Dios, singular amigo suyo, para que me dirija hacia la reforma de vida interior y a la unión con Dios»¹.

Dando cuenta de los orígenes de la Compañía, el jesuita portugués Simón Rodrigues hizo de él un retrato en los términos siguientes: «El segundo fue el padre maestro Pedro Fabro, saboyano de nacimiento, el cual, con la santa conversación y ayuda del padre Ignacio e impresionado por su santa vida, hizo un notable cambio de vida, comenzando a imitarle y dándose enteramente a Dios de todo corazón. Luego comenzó a sentir un inflamado deseo de visitar Jerusalén y sus lugares santos, y también de dedicar toda su vida en servicio y ayuda de la salvación del prójimo, sacándolos de las tinieblas de la muerte y llevándoles a la luz de la vida. Tuvo este padre, entre otras muchas vir-

¹ J. M. VÉLEZ, *Cartas y otros escritos del B. P. Fabro, primer compañero de S. Ignacio de Loyola*, Bilbao 1894, 421-422.

tudes, la más especial y encantadora suavidad y gracia que he visto en mi vida para tratar y conversar con las gentes; porque de cualquier cosa, y sin escandalizar a nadie, sacaba materia para tratar y hablar de Dios; y no sé cómo ni cómo no, pero con su mansedumbre y dulzura, ganaba para Dios los corazones de aquellos con quienes trataba»².

Una semblanza no menos elogiosa ha salido de la pluma del gran apóstol de Alemania, S. Pedro Canisio: «Llegué a Maguncia impulsado por vientos propicios, encontrando para mi ventura al hombre a quien buscaba, si hombre puede llamarse, y no más bien ángel del Señor. Jamás he visto ni oído a un teólogo más sabio y profundo o a un hombre de una virtud tan radiante y manifiesta. Su mayor anhelo es el de cooperar con Cristo en la salvación de las almas. Nunca he oído que salga de sus labios (...) nada que no redunde en honra de Dios e inspire devoción; pero no por eso su palabra resulta modesta o pesada a los que le oyen. Goza de tanta autoridad que numerosos religiosos, obispos y doctores se han confiado a su dirección espiritual (...). Numerosos sacerdotes y eclesiásticos de toda condición, gra-

cias a su interés y esfuerzo, o han despedido a sus concubinas, o han abandonado el mundo, o se han entregado a una vida más honesta, después de salir de graves extravíos. Por lo que a mí respecta, apenas soy capaz de ponderar lo mucho que los Ejercicios espirituales han cambiado mi espíritu y mis sentimientos, han iluminado mi alma con nuevos rayos de gracia celestial y me han dado no sé qué nuevo vigor; hasta el punto de que me parece que la abundancia de

*Fabro intervino directamente
en la fundación de la
Compañía de Jesús y en las
primeras conversaciones
con los protestantes*

los dones divinos repercute incluso en mi cuerpo y me siento plenamente robustecido y como transformado por completo en otro hombre»³.

Esta breve encuesta nos habla de la afabilidad y de la luminosidad del primer discípulo de S. Ignacio, un jesuita bien empapado en el espíritu de los Ejercicios espirituales, bien familiarizado con las reglas del discer-

² SIMÓN RODRIGUES, *Origen y progreso de la Compañía de Jesús*. Estudio introductorio, traducción y notas de E. J. Alonso Romo, Bilbao-Santander 2005, 50.

³ S. PEDRO CANISIO, *Autobiografía y otros escritos*. Edición de B. Hernández, Bilbao-Santander 2004, 139-140.

nimiento, bien pertrechado teológicamente en las aulas universitarias de París. Pedro Fabro cree profundamente en los Ejercicios como experiencia inmediata de Dios y como principio y fundamento de una auténtica reforma. Con estas armas, agraciado con el don de una oración

«tuvo, entre otras muchas virtudes, la más especial y encantadora suavidad y gracia que he visto en mi vida para tratar y conversar con las gentes»

continua, recorre esa Europa conmovida y convulsa del siglo XVI, al servicio de una Iglesia en crisis, acosada por la Reforma luterana.

«Una peregrinación por tantas partes en santa obediencia»

Al cabo de cinco siglos del nacimiento de aquel jesuita, su obra fundamental, el *Memorial*, es la mejor aproximación a aquel hombre de Dios de amable dulzura y de conversación cautivadora y edificante que describen sus contemporáneos⁴.

⁴ I. IPARRAGUIRRE, *El Beato Pedro Fabro, primer compañero de S. Ignacio. Apóstol de la amabilidad*. Razón y Fe 134 (1946) 172-186.

Junto con la *Autobiografía* y el libro de los *Ejercicios espirituales* de S. Ignacio, el *Memorial* de Pedro Fabro es uno de los documentos más sabrosos de la espiritualidad de la primera Compañía de Jesús.

Memorial es el título que varios manuscritos antiguos dan a ese diario espiritual que el jesuita saboyano mantuvo, no sin interrupción, en el último tramo de su existencia, exactamente entre 1542 y comienzos del año 1545. En estos apuntes, y volviendo la vista atrás, Fabro refleja las etapas de su vida espiritual como estudiante y como jesuita. En estos «recuerdos espirituales» aflora y se espeja su alma, un tanto melancólica y escrupulosa, que va discerniendo cuidadosamente las mociones del Espíritu para abandonarse a la voluntad de Dios de una forma cada vez más firme, confiada y plena.

Según sus propias confesiones, comenzó a escribir estos recuerdos en Espira (Alemania) el 15 de junio de 1542, a donde había llegado el 14 de abril, desde España, tras un viaje penoso, haciendo constar asimismo la razón de aquella decisión: «El año 1542, en la octava del Corpus, sentí un vehemente deseo de ponerme a hacer inmediatamente lo que, hasta entonces, había descuidado por negligencia y pereza, a saber, comenzar a anotar, para recordarlos siem-

pre, los dones espirituales que me ha concedido el Señor, bien se trate de gracias para orar o contemplar mejor, o para entender y orar, o de cualquier otro beneficio espiritual»⁵.

Desde estos primeros compases queda perfectamente delimitado el contenido de estos recuerdos, que se centran de forma predominante en las manifestaciones de su vida interior, inspiraciones, luces, nuevas maneras de orar y de contemplar, progresos en el discernimiento de espíritus. Sólo de soslayo nos informan estos apuntes de sus intensas correrías apostólicas. Estas páginas nuestras se dejan orientar por la intención de redescubrir la inteligencia del misterio de la fe cristiana inscrita en la espiritualidad de Fabro, esa honda vivencia interior que se va fraguando al calor de una febril actividad apostólica, de tal modo que en este jesuita saboyano se conjuga de forma insuperable el principio ignaciano del «contemplativo en la acción»⁶.

Confieso que mi primera lectura quedó prendada por la impresión de que estamos ante otro gran *peregrino*,

como S. Ignacio o como S. Francisco Javier. Fabro es otro santo peregrino, su vida espiritual está concebida como un camino, como una santa peregrinación, y realmente toda su existencia adquiere esa tonalidad de camino, de peregrinación y de viaje. De ello quisiera partir y dar cuenta. J. I. Tellechea Idígoras nos mostró al gentilhomme Iñigo de Loyola en camino, «solo y a pie»; P. M. Lamet ha trazado la peripecia misionera de Javier, «el aventurero de Dios», en medio de viajes y expediciones marítimas. Esta constante de la vida de los primeros jesuitas ha quedado expresada bellamente en una carta de Francisco Javier: «Dios nuestro Señor por tiempo nos dé a sentir su santísima voluntad; y quiere de nosotros que siempre estemos prestos para cumplirla, todas las veces que nos lo manifestare y diere a sentir dentro de nuestras almas; y para estar bien en esta vida, hemos de ser peregrinos, para ir a todas partes donde más podremos servir a Dios nuestro Señor»⁷.

Fabro vive en la paradoja de entretejer la acción extrovertida nacida del afán, inquietud y comezón apostólicos, por un lado, y el vuelo introvertido del espíritu, contemplativo y místico, por otro. La actividad apostólica de este maestro de vida inte-

⁵ A. ALBURQUERQUE, *En el corazón de la Reforma. «Recuerdos espirituales» del Beato Pedro Fabro*, Bilbao-Santander 2000, 111.

⁶ CARLOS G. PLAZA, *Contemplando en todo a Dios. Estudio ascético-psicológico sobre el Memorial del Beato Pedro Fabro*, Madrid 1943. Véase la detenida recensión de J. SOLA, *El problema «acción-contemplación» en el Beato Fabro*: Manresa 18 (1946) 342-367.

⁷ P. M. LAMET, *El aventurero de Dios. Francisco de Javier*, Madrid 2006, 453.

rior, en Artes y Teología, adquiere dimensiones casi increíbles, situada sobre los cuatro puntos cardinales del mapa de Europa. Actúa allí donde se están generando grandes cambios históricos: está presente en la Dieta de Worms y en Ratisbona, donde da los Ejercicios al teólogo Juan Cocleo, y lo encontramos enseñando el catecismo a los niños de Galapagar; funda colegios en Valladolid, Alcalá y Colonia, o un noviciado en Lovaina; tras visitar la corte lisboeta de Juan III de Portugal predica en la corte de Felipe II en Valladolid; es el teólogo insigne que imparte clases de Sagrada Escritura en la *Sapienza* de Roma y en Maguncia.

Se pueden aducir fácilmente textos del propio Fabro que hablan de sus peregrinaciones y de sus destierros, de ese inquieto siempre estar en camino. Como el de aquella carta, del 7 de abril de 1546, en la que comunica desde Madrid a Simón Rodrigues su salida de España para ir al concilio de Trento: «Ya sabréis esta otra mi vocación y revocación de España, que es para el concilio. Nuestro Señor se sirva y se contente de todo y sea alabado por la misericordia que su divina Majestad nos ha hecho poniéndonos en obediencia (...) De otra manera yo no podría ni ser ni parecer constante en mis cosas, viéndose tantas peregrinaciones y tantos destierros míos. Tampoco me podría

yo consolar de mi parte, donde no hubiese la tal obediencia, máxime considerando lo que me acaece en todas las partes de mis breves asientos que es haberme siempre de partir en el tiempo que más razón tengo de querer hacer asiento»⁸.

Es una tensión solicitada y espoleada, como en la carta de Francisco Javier, por la búsqueda de la voluntad de Dios. Así lo remachan estas otras consideraciones hechas desde Galapagar a finales de noviembre de 1541: «Bien veréis que yo por acá no hago tan presto asiento; todavía yo espero que todo sea para mayor y mejor servicio de Dios nuestro Señor, al cual suplico por su infinita bondad a todos nos haga santos, rectos y buenos, aparejándonos para que del todo su santísima voluntad entendamos y obremos»⁹.

Puede decirse, no obstante, que la palabra «peregrino» llega a adquirir en él un deje de resignación, una connotación o resonancia dolorosa, pero que se abre a la esperanza suprema. En carta a la madre de Pedro Canisio habla este perpetuo peregrino en ese sentido: «Se me repite sin cesar que soy un peregrino y un extranjero, y yo lo reconozco; es verdad, soy un peregrino como mis pa-

⁸ MHSJ, *Fabri Monumenta*, Madrid 1914, 419-420. En adelante: FM.

⁹ FM 139.

dres; soy un peregrino en este país; seré un peregrino por todas partes a las que me conduzca la voluntad de Dios, mientras viva. Aspiro a llegar a ser *domesticus Dei et civis sanctorum*¹⁰. Por eso, de gran hondura resulta esta otra aproximación: «Deseo que mi peregrinar (...) sea ir a buscar otro Fabro menos suyo y más nuestro en Cristo que éste»¹¹.

Cuando el secretario de la Compañía de Jesús comunicaba oficialmente la noticia de su fallecimiento, subrayaba que aquel hombre que llegaba a la Ciudad eterna ponía fin a una larga y penosa peregrinación por tantas partes, en santa obediencia: «Siendo llamado por ordenación de su Santidad y de la Compañía para venir al concilio de Trento, habiendo ocho años *circum circa* que fuera de Roma peregrinaba en santa obediencia por tantas partes; entrando en Roma sano (17 de julio), por ocho días visitando y siendo visitado en espiritual regocijo de todos los suyos; después por otros ocho días cayendo malo de unas tercianas dobles; el primero de agosto, domingo y día de san Pedro, siendo confesado y comulgado, y tomado la extremaunción, al mediodía, presentes muchos amigos en el Señor y la Compañía, con muchos signos de su vida pasada, y de la que espera-

ba la eterna, dio su ánima a su Criador y Señor. En Roma, el primero de agosto de 1546»¹².

El «Peregrino saboyano»: apuntes biográficos

Efectivamente, tenemos que ver-noslas con otro gran peregrino, el «Peregrino saboyano», nacido en Villareto el 13 de abril de 1506. Su

Fabro es otro santo

peregrino; su vida

espiritual está concebida

como un camino

peregrinación había comenzado muy pronto con aquella decisión y deseo de dejar la vida del campo y del pastoreo en los Alpes. «A los doce años sentí deseos de estudiar. No podía soportar ser pastor y quedarme en el mundo, como deseaban mis padres. Me harté de llorar, para que me concediesen ir a la escuela. A lo que accedieron contra sus propias intenciones»¹³.

Empujado por el deseo de aprender, a los 19 años había abandona-

¹⁰ FM 255.

¹¹ FM 421.

¹² FM 481-482.

¹³ *Recuerdos espirituales*, 3 (ed. ALBURQUERQUE, 113).

do sus montañas natales para buscar el saber en París. Corría el año 1525. En la ciudad del Sena este estudiante brillante se encuentra con Ignacio de Loyola y se va a convertir en su primer compañero. Al ingresar en el Colegio de Santa Bárbara en septiembre de 1529, Iñigo pasó a compartir habitación con Francisco Javier, con el regente Juan de la Peña y con aquel saboyano despierto que, para entonces, ya había obtenido el título de bachiller en Artes y la licenciatura. El licenciado en filosofía que cuenta 23 años será el maestro de un estudiante en Humanidades y en Artes que frisa los 38 años. Pero el maes-

*su condición de primer
presbítero de la Compañía
de Jesús le otorga un puesto
de excepción en los votos
de Montmartre*

tro se convierte en discípulo en las cosas del espíritu. Van a compartir durante diez años una intimidad cotidiana que va a unir definitivamente el destino de aquellos hombres: trabajo universitario, oración, un modo de vida común, los proyectos y nacimiento de la Compañía de Jesús, la ordenación sacerdotal y los primeros trabajos apostólicos.

Aquellos recuerdos han quedado consignados en sus apuntes espirituales: «Este mismo año (1529) vino Ignacio al Colegio de Santa Bárbara y ocupó la misma habitación que nosotros. Quería comenzar el curso de Artes por San Remigio del año siguiente. De él se iba a encargar el maestro, antes nombrado, Juan de la Peña. Bendita sea por siempre la Providencia divina que todo lo ordenó para mi bien y salvación. Él quiso que yo enseñase a este santo hombre, y que mantuviese conversación con él sobre cosas exteriores, y, más tarde, sobre las interiores; al vivir en la misma habitación compartíamos la misma mesa y la misma bolsa. Me orientó en las cosas espirituales, mostrándome la manera de crecer en el conocimiento de la voluntad divina y de mi propia voluntad. Por fin llegamos a tener los mismos deseos y el mismo querer. Y el propósito de elegir esta vida que ahora tenemos los que pertenecemos, o pertenezcan en el futuro, a esta Compañía de la que yo no soy digno»¹⁴.

Al cabo de diez años en el Colegio parisino de Santa Bárbara, aquel *magister* en Artes y presbítero se halla enrolado en un grupo de hombres dispuestos para servir al Señor y a

¹⁴ *Recuerdos espirituales*, 8 (115-116). Sobre la relación entre Ignacio y Fabro, véase: I. CACHO, *Ignacio de Loyola. Ese enigma*, Bilbao 2003, 19-38.

su Iglesia, sea en los Santos Lugares, sea poniéndose a disposición del Papa. Aquella primera alternativa entró pronto en vía muerta: «Después de la Pascua de 1537 y, obtenida la licencia del Papa, estábamos ya preparados para ir a Jerusalén, pero no pudimos hacerlo entonces. Nos dispersamos por diversos lugares».

Echemos la vista atrás, mientras se está constituyendo el grupo germinal de la Compañía de Jesús, evocando de esta manera algunos de los momentos estelares, momentos de gracia, en la vida del Beato: «En 1534, tenía yo entonces 28 años, volví a París para terminar mis estudios de Teología. Recibí los Ejercicios y me fueron conferidas todas las órdenes sagradas, aunque no me había llegado el título. Celebré la primera misa el día de Santa María Magdalena, abogada mía y de todos los pecadores y pecadoras»¹⁵.

Su condición de primer presbítero de la Compañía de Jesús le otorga un puesto de excepción en los votos de Montmartre, una ceremonia que ha anotado con precisión: «Este mismo año, el día de la Virgen de Agosto, todos los que teníamos ya la misma determinación y habíamos hecho los Ejercicios —Maestro Javier, aunque estaba determinado, no los había hecho todavía—, nos

fuimos a Santa María del Monte de los Mártires a las afueras de París. Cada uno de nosotros hicimos voto de ir, a su debido tiempo, a Jerusalén, y a la vuelta, de someternos a la obediencia del Romano Pontífice y comenzar el día señalado a dejar padres, redes, excepto alguna ayuda para el camino». Y añade a continuación: «Los que nos reunimos, esta primera vez, fuimos Ignacio, Maestro Francisco, yo Fabro, Maestro Bobadilla, Maestro Laínez, Maestro Salmerón, Maestro Simón. Jayo aún no había llegado a París. Maestro Juan y Maestro Pascasio no se habían unido todavía a nuestro grupo»¹⁶. Y precisamente, estos tres compañeros —Jayo, Coduri y Broet—, harán sus Ejercicios bajo la dirección de Fabro. No es de extrañar que cuando Ignacio marche por razones de salud a su tierra guipuzcoana, a finales de 1535, dejara «al buen Maestro Pedro Fabro como hermano mayor de todos»¹⁷.

La vida de aquellos primeros jesuitas fue un permanente estar dispuesto para emprender nuevos caminos. Primero, de París a Venecia, pasada la Navidad de 1536; allí esperaron hasta cuaresma para ir a Roma y pedir al papa Paulo III licencia para ir a Jerusalén. Cuando estaba todo arreglado, ninguna na-

¹⁵ *Recuerdos espirituales*, 14 (118).

¹⁶ *Recuerdos espirituales*, 15 (119).

¹⁷ FN I, 104.

ve salió de Venecia en junio de 1537. Y la historia se repite: «El año 1538 llegaron todos los nuestros a Roma, pero tampoco vimos la manera de partir para Jerusalén aquel año. Se nos concedió licencia para predicar en cualquier lugar como predicadores apostólicos y para oír confesiones»¹⁸. En mayo de 1539 Diego Láinez y Pedro Fabro fueron enviados a Parma con el cardenal de Sant Angelo. Fabro permaneció allí hasta septiembre de 1540. Así había dado comienzo esa peregrinación de intensa actividad apostólica que ocupa los últimos ochos años de su vida. Tendrá que abandonar Parma porque el Papa quiere que acompañe a su teólogo, Pedro Ortiz, a los coloquios entre católicos y protestantes en Worms (1540).

Este hombre, de talante reservado y sensible, de corazón tierno y espíritu sutil, se vio involucrado en las graves luchas de la Reforma y en los acontecimientos más importantes de la época. Misionero y teólogo, consejero espiritual, de sólida formación intelectual y de exquisita sensibilidad espiritual, situado en la vanguardia de la recién nacida Compañía de Jesús, recorre en pocos años Francia, Italia, los Países Bajos, Portugal, España y Alemania. Letrado y apóstol, predicador y confesor en el ducado de Parma,

acude al coloquio de Worms y Ratisbona con los protestantes, se entrevista en Barcelona con el Duque de Gandía, el futuro santo Francisco de Borja, predica en las cartujas de Maguncia y de Colonia y en la corte del rey del rey Juan III de Portugal. Este jesuita, al que se le ha descrito como el hombre afable y tranquilo¹⁹, lo mismo se entrega a la conversación o dirección espiritual que imparte lecciones de Sagrada Escritura, dicta conferencias, pronuncia sermones o predica los nuevos Ejercicios espirituales de Ignacio.

De él, el Padre Maestro Ignacio dejó dicho «que tuvo el primer lugar en dar los Ejercicios»²⁰. Tendremos ocasión de comprobarlo, pero no cabe duda de que su espiritualidad rezuma prisa de viaje, ansias de peregrino, desprendimiento de caminante. Ahora bien, en todas estas circunstancias, ejercía una suerte de seducción que uno de sus compañeros, el portugués Simón Rodrigues, calificaba de «irresistible»: «Floreció siempre en el Padre Fabro un agradable trato impregnado de

¹⁹ M. PURCELL, *The Quiet Companion*, Dublin-Chicago 1970.

²⁰ A. ALBURQUERQUE, «Fabro tuvo el primer lugar en dar los ejercicios»: *Manresa* 65 (1993) 325-348; 349-370. J. SOLA, *El Beato Fabro y los Ejercicios espirituales de San Ignacio*: *Manresa* 19 (1947) 42-62.

¹⁸ *Recuerdos espirituales*, 18 (120).

suavidad y gracia tan extraordinario que confieso ingenuamente no haberlo visto en ningún otro. Había en él no sé qué encanto que atraía la amistad de los demás e influía insensiblemente, de modo que su conversación, agradable y suave, encendía a todos los que trataba en vehemente amor de Dios»²¹.

Con una clara percepción de su propia fragilidad, con una extrema lucidez sobre sí mismo y sobre los otros, sabía conjugar la delicadeza humana con la seguridad doctrinal. Angustiado por la reforma de la Iglesia y por las heridas y resentimientos que iba dejando abiertos el protestantismo en el corazón de Europa, fiel a la tradición teológica y espiritual del medioevo y en apertura al movimiento humanista del siglo XVI, Fabro afronta los terribles problemas del momento con la fe sólida del pastorcillo criado en los Alpes saboyanos, pero enriquecida con una inteligencia del misterio cristiano que le ha proporcionado la cultura de la «teología parisiense» y renovada con esa profundización de su vida espiritual bebida en la fuente de los Ejercicios.

Sobre aquel deseo infantil de primigenia pureza, que le lleva a hacer

²¹ MHSJ, *Epp. Pach. Bröeti, Claudii Jaji*, Roma 1903, 453.

voto de castidad a los doce años, se levanta el edificio de su espiritualidad alimentada y nutrida de nuevos elementos, sobre todo cuando Ignacio le revela las reglas del discernimiento interior²². De ahí surge, renovado, el don de la entrega más generosa de la propia vida para el seguimiento de la llamada del Rey eternal y la imitación de Cristo pobre y humilde, haciendo más suyo

*este hombre, de talante
reservado y sensible,
de corazón tierno y espíritu
sutil, se vio involucrado
en las graves luchas
de la Reforma*

el lema que se lee en la Fórmula del Instituto (1540): militar bajo el estandarte de la cruz (*sub crucis vexillo militare*)²³.

Junto con sus otros compañeros, en su mayoría de origen español, vive en el cruce de dos épocas, el otoño de la Edad media y el alborar de la moderna, siendo testigo de excep-

²² B. O'LEARY, *The discernment of spirits in the Memorial: The Way*, Suppl. 35 (1979) 1-140.

²³ H. DE GENSAC, *Le mystère de la croix dans la vie apostolique d'après le B. Pierre Favre: Revue d'ascétique et de mystique* 36 (1960) 273-302; 409-428.

ción de aquel estallido que rompió la cristiandad en el siglo XVI. Los hilos de la trama de su vida se van a ver guiados, de forma casi imperceptible, pero inexorable en una dirección concreta ya indicada: hacia el concilio de Trento.

Ya el 20 de junio de 1539, cuando aún no estaban concluidas las históricas deliberaciones que iban dar lugar a la fundación de la Compañía de Jesús, nos encontramos a Fabro abandonando Roma, junto con Diego Laínez. Cuenta nuestro peregrino treinta y tres años de edad y sobre él van a recaer misiones difíciles y delicadas que le llevan a recorrer Europa, como consejero teológico, como dador de Ejercicios, como hombre de confianza de obispos y, sobre todo, de S. Ignacio.

Desde ese momento, la presión misionera nacida de diversos encargos apostólicos no cesará; le desplaza «como un peón de ajedrez» (I. Echániz) de Italia a Alemania, de Alemania a España, de nuevo a Alemania y vuelta a España para regresar herido de muerte a Italia, en un trajín y trasiego que no le dejan un minuto de reposo hasta quebrantar fatídicamente su minada salud. El 2 de mayo de 1546 pasó por Gandía para visitar al Duque y asistir a la colocación de la primera piedra del colegio fundado por Borja. De Gandía marcha a Barcelona,

donde cayó enfermo. Desde el puerto de Barcelona emprenderá su último viaje, rumbo a Italia, para unirse a Laínez y Salmerón en calidad de teólogo pontificio del concilio reunido en Trento. Pero, asaltado por unas malignas fiebres tercianas, entrega su espíritu a Dios en la Ciudad eterna, el 1 de agosto. No tenía más que cuarenta años.

«Caminar por el camino de Dios»

Nuestro «Peregrino saboyano» vive en el cruce de dos tensiones que le solicitan de continuo: el habla secreta con su Dios y el afán apostólico. En esta segunda parte de nuestro estudio vamos a seguir este peregrinaje paradójico de su vida, es decir, el solitario caminar por las veredas del alma en medio de las turbaciones y guerras de religión de la cristiandad latina, para sustanciar algunas de las características de su espiritualidad. Ya hemos aducido algunos textos en los que Fabro constata ese su estar siempre en camino. Pero resulta que el progreso en la vida espiritual acaece también en el camino físico y real; de ahí que en el momento de la partida, al dejar la ciudad de Worms, pueda escribir: «En enero de 1541 salimos para Ratisbona donde tenía lugar la dieta imperial. *En el camino* tuviste grandes consolaciones en la oración y con-

templación, y se te ofrecieron muchos y nuevos modos y materia de orar durante el camino (...) Al cruzar los montes, campos o viñedos, se me ocurrían distintos modos de orar por la multiplicación de los bienes de la tierra y sustituir en la acción de gracias a sus dueños...»²⁴.

En primer término, de fondo y de soporte, está esa permanente peregrinación interna por los vericuetos del alma, que requiere de una fina psicología para percibir con claridad lo que ocurre en eso que Santa Teresa llamó «el hondón del alma», allí donde acaecen tantas cosas de sublime secreto entre Dios y sus criaturas. Escribe en su *Memorial* el 22 de mayo de 1543 en un momento culminante: «El martes después de la fiesta de la Santísima Trinidad (...) sentí una gracia que nunca antes había experimentado tan intensamente, aunque, con frecuencia, había sentido el deseo de tenerla. Consistió en que mi mente, con más firmeza y estabilidad que de costumbre, se elevó hacia la vista de Dios que está en los cielos (...) Pero ahora fue una elevación en lo más alto del alma (*apex mentis*) que me hizo percibir la presencia de Dios como está en el templo de su cielo». Y comenta Albuquerque que Fabro ha empleado una terminología pro-

pia de los místicos renanos, «la fina punta del alma»²⁵.

El jesuita saboyano sacaba esta consecuencia: «Por eso, con todo derecho debes determinarte a atribuir todo el aprovechamiento de cada año al día de la Santísima Trinidad. De ella depende el fruto de todos los bienes recogidos en el año y el fin de todos los provechos de tu alma y de la edificación de tu templo que has de preparar como morada santa y mansión eterna de esta Santísima Trinidad, a la cual van dirigidas todas las solemnidades de los misterios de Cristo y de todos los días festivos y domingos del año». La finura teológica, con la cual el primer lector jesuita de teología en la *Sapienza* de Roma jerarquiza las solemnidades del calendario litúrgico para estipular finalmente el *nexus mysteriorum*, es llamativa. Sin duda, estamos ante una espiritualidad de honda raigambre teológica²⁶.

Pasajes de este tono permiten captar cuál es el tenor y el estilo del *Memorial*. Ya conocemos la razón y la historia de su redacción: anotar, para recordarlos siempre, los dones espi-

²⁴ *Recuerdos espirituales*, 21 (123).

²⁵ *Recuerdos espirituales*, 319 (286). Cf. I. IPARRAGUIRRE, *Influjos en la espiritualidad del Beato Pedro Fabro*: Revista de Espiritualidad 5 (1946) 438-452.

²⁶ I. IPARRAGUIRRE, *Carácter teológico y litúrgico de la espiritualidad del Beato Fabro*: *Manresa* 19 (1947) 32-41.

rituales que le ha concedido el Señor. Esta nota inicial y escueta vuelve a aparecer una y otra vez en el itinerario de la narración. Escribe, por ejemplo, en Ratisbona, a comienzos de 1541: «El Espíritu Santo me concedió otras gracias importantes para mi crecimiento espiritual; nuevos modos de orar y contemplar para adelante; también me confirmó, con mayor conocimiento y sentimiento,

*lo mismo se entrega a
la conversación o dirección
espiritual que imparte
lecciones de Sagrada
Escritura, dicta conferencias,
pronuncia sermones o predica
los nuevos Ejercicios
espirituales de Ignacio*

en los modos que me eran ya habituales: letanías, misterios de Cristo y doctrina cristiana; pidiendo diversas gracias en cada uno de estos modos, o implorando perdón o dando gracias al Señor en aquellas tres maneras. Lo mismo hacía discurriendo por las tres potencias, los cinco sentidos, y por las partes principales del cuerpo, por los bienes temporales recibidos». Son modos de oración típicos del libro de los Ejercicios.

El objetivo primario perseguido en el *Memorial* nos desvela el tipo de

oración primigenio en la espiritualidad de Fabro. El estilo de orar inmediato y patente es el del recuerdo y el discernimiento cuidadoso del toque del Espíritu; ello dio pie a Antonio Alburquerque para retitular su edición del *Memorial* con la rúbrica de «recuerdos espirituales». Esos recuerdos quedan compendiados en el delicioso arranque del *Memorial*: «Bendice, alma mía, al Señor y no olvides sus beneficios. Rescató tu vida de la muerte, te corona de amor y de ternura. Colma de bienes tus deseos, después de haber perdonado todos tus pecados y seguir perdonándolos siempre. Sana todas tus dolencias y te concede la esperanza de que tu juventud se renueve como la del águila (Sal. 102, 2-5)».

Este estilo de oración coincide fundamentalmente con el colofón de la experiencia espiritual de los Ejercicios espirituales de S. Ignacio, la «contemplación para alcanzar amor». Con palabras de nuestro jesuita: «El día de la Ascensión se me concedió comprender bien lo que es buscar a Dios y a Cristo fuera y por encima de todas las criaturas, y querer conocerlo a Él en sí mismo. También se me dio a entender algunas diferencias y sentir las espiritualmente entre el ver a la criatura sin Dios, la criatura en el mismo Dios, y a Dios en la misma criatura, o a Dios abstracción hecha de la criatura. La verdadera subida de la mente y del espíritu consiste en que por el cono-

cimiento de las criaturas y los afectos que ellas provocan subamos al conocimiento y amor del Creador, sin apoyarnos de ninguna manera en las mismas criaturas»²⁷.

La aproximación a la entraña misma de los Ejercicios espirituales debió ser muy especial, pues, a decir del mismo Ignacio, «Fabro tuvo el primer lugar en dar los Ejercicios, el segundo era Salmerón»²⁸. Nos podemos hacer esta pregunta: ¿por qué es tan aventajado discípulo en dar los Ejercicios? Sin duda, ello tiene que ver con destrezas aprendidas, examinadas, pero sobre todo tiene que ver con la experiencia personal. Ignacio influyó en Fabro con sus Ejercicios. Y Fabro es hechura de esos Ejercicios.

Fabro es un discípulo aventajado en la apropiación personal de los Ejercicios ignacianos, en ese —como dirá en otra ocasión— «caminar el camino de Dios». Michel de Certeau, uno de los mejores conocedores del alma de Fabro, cifra su experiencia espiritual en la idea de salvación por la fe: salvación que viene del Señor y acampa sobre el que cree en Él, redención expandida al mundo y en la que se nos manifiesta el Misterio de Dios²⁹. En

ello, el encuentro con Ignacio fue decisivo. Aquel adolescente privilegiado y reservado se describe a sí mismo poblado interiormente de inquietud. Su juiciosa juventud está turbada por deseos contradictorios; a pesar de su atadura al terruño natal quiere cambiar de condición, sueña con una partida y con nuevos horizontes. Quiere descubrir otros mundos, quiere explorar otras realidades desde una necesidad insaciable de pureza: «Salí de mi patria y me fui a París el año 1525. Tenía yo entonces 19 años. Recuerda, alma mía los escrúpulos con los que ya entonces el Señor infundía en tu conciencia su temor; escrúpulos y remordimientos de conciencia con que el demonio comenzaba ya a angustiarte para que buscases a tu Creador si supiese buscarlo; sin ellos, quizás, ni el mismo Ignacio hubiera podido conocerte bien, ni tú hubieras solicitado su ayuda, como sucedió después»³⁰.

El encuentro con Ignacio ha sido providencial, cuando todo le cautiva, mas nada le detiene y aquietta. Por eso toma en consideración diversas posibilidades vitales; en ese querer cambiar su existencia es víctima de sus entusiasmos y de sus desilusiones, ello le lleva a la duda, a la desolación y a la angustia. No

²⁷ *Recuerdos espirituales*, 305 (279).

²⁸ FNI, 658.

²⁹ M. DE CERTEAU, *L'expérience du salut chez Pierre Favre*: *Christus* 5 (1958) 75-92. Del mismo autor: *Bienheureux Pierre Favre. Mémoires*, París 1960.

³⁰ *Recuerdos espirituales*, 6 (115).

renuncia a buscar, pero no acaba de encontrar lo que busca. Las palabras de agradecimiento que dedica al hilo del recuerdo espiritual de su ordenación sacerdotal y primera Misa así lo indican: «Aquí tengo que incluir los innumerables beneficios que me concedió el Señor al llamarme a tan alto grado. Y darle gracias porque en todo le busqué a Él solo, sin ninguna intención mundana de conseguir honores o bienes temporales. Sin embargo tiempo atrás, antes de afirmarme en el modo de vida, que por medio de Ignacio me concedió el Señor, anduve siempre confuso y agitado de muchos vientos; unas veces me sentía inclinado al matrimonio; otras quería ser médico o abogado, o regente o doctor en Teología. A veces quería también ser clérigo sin grado, o monje. En estos bandazos me movía yo, según fuera el factor predominante, es decir, según me guiase una u otra afeción. De estos afectos, como ya dije antes, me libró el Señor y me confirmó de tal manera con la consolación de su espíritu, que me decidí a ser sacerdote y dedicarme a su servicio en tan alta y perfecta vocación. Nunca mereceré servirle en ella, ni permanecer en tal elección que deberé reconocer como muy digna de entregarme a ella, con todas las fuerzas de mi alma y cuerpo»³¹.

³¹ *Recuerdos espirituales*, 14 (118).

El encuentro con Ignacio ha transformado radicalmente las condiciones de búsqueda. Una de las causas principales de la transformación de Fabro fue la guía de esa mano sabia. Ignacio pacifica a Fabro llevándole a la confesión general y le centra en torno a un ideal supremo, le marca un rumbo fijo y luminoso que acaba con toda su indecisión precedente. «Que la divina clemencia me conceda la gracia de recordar y valorar los beneficios que Dios nuestro Señor me concedió entonces por medio de este hombre. Lo primero y principal, es que me ayudó a entender mi conciencia, mis tentaciones y escrúpulos que me habían durado tanto tiempo, sin entender nada ni encontrar el camino de la paz. Los escrúpulos me venían por miedo de no haber confesado bien mis pecados desde mucho tiempo atrás»³². Michel de Certeau sugiere resueltamente que aquellas decisiones tomadas en los años parisinos conforman el núcleo decisivo de su vida; todo lo demás, todo el resto de su existencia, será una explicación de aquello: «Se podría mostrar fácilmente cómo todos los temas de su meditación y de su actividad desarrollan esta gracia ignaciana»³³.

Los Ejercicios le señalaron a Fabro un fin y un objetivo vital, de modo

³² *Recuerdos espirituales*, 9 (116).

³³ M. DE CERTEAU, a. c., 79.

que su carácter indeciso quedaba unificado en torno a un foco orientador y dinámico. Es la gran experiencia que se ofrece a quien se acerca a la gracia ignaciana de los Ejercicios: que la existencia humana comience a girar en torno al valor supremo de Dios y que, movida por la gracia, se sienta inclinada a adoptar como actitud típica y definitiva ese deseo divino del perfecto servicio por amor. Esta ascética teocéntrica implica un morir al propio amor, querer e interés, a todo lo que no es ese valor único y definitivo de Dios.

Desde esa experiencia de salvación y de gracia, el «Peregrino saboyano» alcanzó la estabilidad del corazón y la libertad interior, una situación que describe bellamente en términos de ascenso al amor de Dios y de descenso para el servicio al prójimo: «Bendito sea Dios que tantos medios tiene para llevarnos, poco a poco, a un perfecto conocimiento de Él, a quienes no podemos ir más deprisa. Pero por cuántos miedos, tristezas, odios, hay que pasar antes a causa de estas realidades inferiores. En ninguna de ellas encontramos la paz, aunque sí pueden ser un medio para subir al amor de Dios, y, entrados en Él, gozar. Porque entrando el hombre en Dios, entra y sale y encuentra buenos pastos dentro y fuera. Cuando uno ha encontrado este nuevo camino que comienza en el amor de Dios, puede volver «a su propio país» de

donde había venido por un camino duro y lleno de peligros para alcanzar el más alto amor de Dios. Antes de alcanzar este amor no podía sino tratar de subir mirando hacia arriba. Pero cuando se ha entrado de

*«haberme siempre de partir
en el tiempo que más
razón tengo de querer
hacer asiento»*

lleno en el amor divino, se puede siempre crecer en él, penetrando cada vez más en Dios. Entonces se podrá descender mejor para ver al prójimo y escucharlo»³⁴.

Quisiera, pues, prolongar la tesis del estudioso francés a partir de algunos fragmentos selectos del *Memorial* que nos permitan reconstruir, a modo de directorio, la síntesis personal que Fabro ofrece de los Ejercicios y de la que obtendremos otros rasgos decisivos de su espiritualidad y de su inteligencia del misterio cristiano.

Una síntesis cristocéntrica de los Ejercicios, a modo de «directorio»

En las anotaciones del 29 de abril de 1543 encontramos una sobria

³⁴ *Recuerdos espirituales*, 66 (151).

exposición de «lo que se pide o se puede pedir en cada uno de los coloquios de los Ejercicios a lo largo de las cuatro semanas y según la materia correspondiente». Cabe concederle a este pasaje sintético, si bien en sentido lato, el rango de lo que designa la expresión técnica «directorio», es decir, un manual de instrucciones para dar los Ejercicios. Veamos los acentos típicos de

*nuestro «Peregrino saboyano»
vive en el cruce de dos
tensiones que le solicitan
de continuo: el habla secreta
con su Dios y el afán
apostólico*

Fabro. El fragmento completo dice así: «En la primera semana, justamente se piden, de acuerdo con la materia de los pecados, aquellas tres gracias: la primera, el verdadero conocimiento y contrición de los pecados de la vida pasada; la segunda, el conocimiento del desorden de la misma vida; la tercera, el conocimiento y propósito de una vida ordenada para el futuro. En la segunda semana, teniendo en cuenta el fin de las contemplaciones de la vida de Cristo que es conocerle a Él para imitarle, se piden, con razón, estas tres gracias en los coloquios, hablo siempre de aque-

llos tres coloquios principales, a la Virgen, a Cristo y al Padre: la primera es la abnegación de sí mismo; la segunda, es el perfecto desprecio del mundo; la tercera es el perfecto amor de servicio a Cristo nuestro Señor. Porque muchos parecen estar de acuerdo con lo primero, el amor a Cristo, pero no se dan al servicio de Cristo (...) En la tercera semana que versa sobre la pasión, me parece a mí que muy acertadamente se piden tres gracias, según la materia: la primera es la compasión con Cristo por sus penas temporales; la segunda es compasión con Cristo por su pobreza y despojo de todas sus cosas; la tercera es compasión por sus vituperios e ignominias. Porque hay muchos que no saben sentir en su espíritu y mucho menos están preparados a sufrir en su cuerpo, tanta diversidad de males, compadeciéndose de Cristo. En la cuarta semana, cuya materia es la resurrección y cuyo fin es conocer a Cristo glorioso y glorificado, se piden aquellas tres gracias que generalmente abarcan los bienes más excelentes: la primera, el amor de Dios y de Cristo; la segunda el gozo perfecto en Cristo solo, la tercera, paz verdadera que tampoco puede darse sin Cristo»³⁵.

El lector familiarizado con el texto ignaciano podrá percibir las formu-

³⁵ *Recuerdos espirituales*, 303 (277-278).

laciones más novedosas del jesuita saboyano. Por mi parte, voy a hacer sólo dos consideraciones para subrayar brevemente estas dos señales características: la orientación por el fin supremo de la vida y la concentración cristológica.

Lo primero tiene que ver con la divergencia que establece la petición tercera de la primera semana con el texto de S. Ignacio, que había escrito: «la tercera pedir conocimiento del mundo para que aborreciendo aparte de mí las cosas mundanas y vanas» (EE 63). El énfasis de la petición de Fabro, «el conocimiento y propósito de una vida ordenada para el futuro», apunta en otra dirección que cuadra muy bien por cierto con su concepción de la vida espiritual como camino y como peregrinación. Esta concepción de la vida espiritual arranca de la consideración del «principio y fundamento» de los Ejercicios como brújula orientadora, de modo que se pone la vista en el fin, en la meta. Fabro lo formula en estos términos: «Para todo esto es necesario que el hombre no se ame a sí mismo, sino que esté enteramente ordenado a la gloria de Dios, salud de su propia alma, y bien del prójimo. Busca en todas las cosas, por consiguiente, el carisma mejor que es la caridad»³⁶. Dicho de otra mane-

ra: una vez descubierto el fin de la existencia humana, una vez elegida la ruta, hay que recorrerla, puesta la mirada en el último horizonte. Esta es la senda de la espiritualización de nuestro ser y de la ascensión guiada por el anhelo de Dios.

El ideal de Jesucristo da forma y concretiza la aspiración de alcanzar el amor de Dios. La espiritualidad ignaciana, y la de Fabro, es eminentemente cristocéntrica. Con fino tacto teológico practica una reducción de todas las otras mediaciones o devociones (ángeles, santos, mártires, Virgen María, imágenes o reliquias), tan presentes en sus apuntes, a la figura de Cristo. Bastará con indicar algunos fragmentos de los «recuerdos espirituales» para ilustrar esta perspectiva³⁷. Con la mística del siglo XVI subraya notablemente el misterio de la humanidad de Cristo: «Recuerda, alma mía, que ese mismo día (25 de octubre de 1540) te concedió el Señor una muy especial devoción. Consistió en que, a partir de aquel día, y durante el rezo de las horas canónicas, me acordase especialmente de cada uno de los días de la vida de Cristo, desde la Encarnación hasta la Ascensión; e igualmente de los de

³⁶ *Recuerdos espirituales*, 153 (200). Véase: I. IPARRAGUIRRE, *El concepto de vida espiritual*,

según el Beato Pedro Fabro: Manresa 18 (1946) 293-307.

³⁷ F. SOLÀ, *La idea de Cristo en la espiritualidad del Beato Fabro*: Manresa 18 (1946) 329-341.

nuestra Señora, desde su Concepción hasta su muerte»³⁸.

Al hilo de la piedad medieval que subraya con fuerza los efectos beneficiosos de la humanidad de Cristo, brota de sus labios, con fecha de 26 de octubre de 1542, una oración universal, «encomendando a los cristianos en general, a los judíos, a los turcos y paganos, a los herejes y también a los difuntos». Y prosigue: «Me acordaba de las grandes aflicciones de los hombres: enfermedades, pecado, terquedades, desesperaciones, llantos, calamidades, hambres, pestes, angustias, etc. Como remedio para todas ellas, pensaba en Cristo como redentor, Cristo como consolador, Cristo como vivificador, iluminador, ayudador, libertador, misericordioso y clemente, Dios y Señor».

Brota asimismo un deseo de identificación con este Cristo: «Le pedía, de acuerdo con la fuerza de tales nombres, que se dignase socorrer y ayudar a todos. Aquí también deseé y pedí con gran devoción y movido de un sentimiento nuevo que, por fin, se me conceda ser servidor y ministro de Cristo consolador, de Cristo ayudador, de Cristo salvador, de Cristo médico, libertador, enriquecedor, fortificador; de manera que yo pueda, por su medio, ayudar a muchos, consolarlos, li-

brarlos de varios males, fortificarlos, darles luz no sólo espiritual sino también, si con el favor de Dios puede uno atreverse tanto, corporal, y todas las otras cosas que son propias de la caridad para el alma y para el cuerpo de los prójimos»³⁹.

Para Fabro, Cristo es el don de Dios Padre. Con ocasión de la Misa que celebra en la navidad de 1543, vuelve a recordar la obra de su redención al hilo de sus títulos cristológicos preferidos: «Después de la Misa reflexioné sobre cómo Cristo se nos dio, de diversas maneras, para nuestra salvación, y cómo nos lo dio el Padre. Porque se nos dio como medicina, como alimento, como bebida, como hostia, como médico, sacerdote, reparador, para vida del cuerpo, para muerte y resurrección, y finalmente, lo que es más importante, se entregó a la muerte por nosotros para que los hombres malos hicieran con Él lo que quisieran. Sentía mucho no haberme entregado hasta ahora a Él de tal manera que haga de mí lo que quiera, por mi vida o por mi muerte»⁴⁰.

En estos pasajes late con fuerza la pregunta, ¿qué debo hacer por Cristo? En su respuesta, Fabro expandirá el espíritu de la tercera semana a la vida cotidiana: «La tendencia y la

³⁸ *Recuerdos espirituales*, 20 (122).

³⁹ *Recuerdos espirituales*, 151 (198-199).

⁴⁰ *Recuerdos espirituales*, 228 (241).

inclinación del corazón han de seguir siempre el camino que conduce a la cruz. Porque Cristo crucificado es el verdadero camino hacia la glorificación del alma y del cuerpo. Y no sólo es camino, sino también verdad y vida. Cuando te afanes por llegar a ser un hombre espiritual y buscar la verdadera consolación y progreso, has de procurar renunciar a la gracia y favor de los hombres. Tiende a lo interior, a lo que es propio de la cruz»⁴¹. Esta lógica de la cruz encuentra su colofón en el asunto propio de la cuarta semana de los Ejercicios: «Hay que buscar primero el poder de Cristo crucificado, y después el poder de Cristo glorioso»⁴².

Las páginas del *Memorial* destilan esta certeza: Cristo es el principio unificador de esa intensa actividad espiritual que Fabro ha vivido en medio de sus complicadas andanzas y en medio de las tareas abrumadoras que le sobrevienen. Su *Memorial* refleja entre líneas cómo se va alcanzando la serenidad interior, el triunfo sobre el pesimismo, más allá de las propias limitaciones y deficiencias, a fuerza incluso de amargas experiencias que van dando fortaleza a una personalidad de natural apocado. Esa serenidad así conquistada repercutirá también en

el modo de afrontar los problemas político–eclesiásticos del momento, sobre todo, el pavoroso panorama de una Alemania que se desangraba por las heridas causadas por las guerras de religión.

«Amarlos en la verdad»: Fabro ante la reforma protestante

Todos los caminos que Fabro ha recorrido a través de Francia y de Italia, de Alemania y de los Países Ba-

los Ejercicios le señalaron a Fabro un fin y un objetivo vital, de modo que su carácter indeciso quedaba unificado en torno a un foco orientador y dinámico

jos, de Portugal y de España, hablan de una peregrinación que ha brotado de una honda experiencia de salvación y que él quiere expresar con fuerza misionera y con un deseo irrefrenable de expandir la gracia que vive internamente.

Esa experiencia de salvación se vio puesta a prueba y encontró un gran obstáculo en ese mal trágico que aflige a la Iglesia de su tiempo. Con fecha del 2 de julio de 1542 anota en

⁴¹ *Recuerdos espirituales*, 211 (231).

⁴² *Recuerdos espirituales*, 212 (232).

sus apuntes el desgarró que sufre: «Durante la Misa, al considerar cómo Dios es compasivo y misericordioso, que tiene en cuenta el trabajo y el dolor, y que está presente en todas las cosas, le pedí que tuviera misericordia y compasión de esta nación alemana, porque ya padece todos los males que la amenazan, si no vuelve a la fe católica y a la Iglesia romana»⁴³.

Sus cartas a S. Ignacio, desde Worms y Ratisbona, también muestran el

*desde la experiencia de
salvación y de gracia,
el «Peregrino saboyano»
alcanzó la estabilidad del
del corazón y la libertad
interior*

desgarro interior que le produce aquella situación. En Alemania, su primer destino apostólico, percibe las debilidades, la miseria, el pecado y la infamia, sobre todo, en aquellos responsables eclesiásticos que debieran ser ejemplo de lo contrario. Fabro trabajó intensamente por evitar

⁴³ *Recuerdos espirituales*, 44 (139). Véase: J. W. KOTERSKI, *Discerning the more fruitful paths to reform: Pierre Favre and the Lutheran Reformation*: Heythrop Journal 31 (1990) 488-504.

los males del protestantismo. Le atezaba el pensamiento de la esterilidad de sus trabajos, al mismo tiempo que le atormenta la defección de Alemania: «Noté y ponderé mi continuo tormento desde que conocí Alemania, pensando en la apostasía de esta nación. No quiera Dios que tenga lugar realmente lo que tantas veces he ponderado en mi ánimo, no movido, es verdad, por el buen espíritu, sino por el espíritu de la desconfianza que me ha combatido tantas veces. Porque he llegado a pensar que tenía que desistir de hacer fruto, escapando primero en espíritu, y abandonando después, la misión que me ha sido confiada en esta región renana»⁴⁴.

Exhibe, en consecuencia, una adhesión entusiasta hacia lo católico en el dogma, en la liturgia, haciendo profesión de amor a las reliquias, al culto litúrgico, a la Virgen María. Por otro lado, hace una serie de interesantes recomendaciones acerca del modo de apostolado con los protestantes. Por lo pronto, el principio fundamental es «tener mucha caridad con ellos, amarlos *in veritate*»; en segundo lugar hay que «granjearlos para que nos amen y nos tengan en buena posesión dentro de sus espíritus; esto se hace comunicando con ellos familiarmente en cosas que a nosotros y a ellos son

⁴⁴ *Recuerdos espirituales*, 329 (290).

comunes, guardándose de todas disceptaciones».

En esta carta, escrita en Madrid con fecha de 7 de marzo de 1546 y dirigida al P. Laínez, hacía también una valoración de la secta luterana en los siguientes términos: «primero se ha perdido el buen sentir, que no el buen creer»⁴⁵. En razón de su experiencia en las conversaciones precedentes con los protestantes, de su preparación teológica y del hecho de haber vivido en el corazón de la Reforma, S. Ignacio le enviará a Trento.

Conclusión: «los dos pies para caminar por el camino de Dios»

Fabro, que no ha nacido para quedarse de asiento en ninguna parte, camina por este mundo para llegar a Dios, para ser —como él mismo escribe— «doméstico de Dios», «conciudadano de los santos». El *Memorial* registra un doble movimiento de ascensión y de descenso, esto es, de elevación del alma hacia Dios y de abajamiento con Él en el humilde servicio cotidiano. La expresión «camino de Dios», ese camino de la paz, aparece en un texto denso que se encuentra prácticamente en la mitad de sus «recuer-

dos espirituales», corresponde a los días de la Navidad de 1542, y encierra probablemente su concepción más honda de la vida espiritual: «Al principio de nuestra conversión, sin que esto sea proceder mal, procuramos, sobre todo, agradar a Dios, preparándole en nosotros morada corporal y espiritual, en nuestro cuerpo y en nuestro espíritu. Pero hay un tiempo determinado —que la unción del Espíritu Santo muestra al que camina rectamente—, en el que se nos da y se nos exige que no queramos ni busquemos principalmente el ser amados de Dios, sino nuestro primer empeño ha de ser amarlo a Él. Es decir, que no andemos averiguando cómo procede con nosotros, sino cómo actúa Él en sí mismo y en todas las otras cosas y qué es lo que en realidad le contenta o le desagrada en sus criaturas.

La primera actitud consistía en traer a Dios hacia nosotros, la segunda consiste en ir nosotros mismos hacia Dios. En el primer caso buscamos que Dios se acuerde y esté pendiente de nosotros; en el segundo tratamos de acordarnos nosotros a Él y poner empeño en lo que a Él le agrada. Lo primero es el camino para que se perfeccione en nosotros el verdadero temor y reverencia filial. Lo segundo nos conduce a la perfección de la caridad. Que el Señor nos conceda, a mí y a

⁴⁵ FM 400.

todos, los dos pies con los que hemos de esforzarnos para caminar por el camino de Dios: el verdadero temor y el verdadero amor. Hasta ahora tengo la impresión de que el temor ha sido el pie derecho y el amor el izquierdo. Ahora ya deseo que el amor sea el pie derecho y el temor el izquierdo y menos importante. Y ojalá sienta que mi nacimiento es para eso, para que crezca hasta llegar a ser un varón perfecto»⁴⁶.

Toca este último texto citado un tema impugnado por Lutero, los grados del temor (temor servil y temor filial) y su relación con el amor⁴⁷. No nos vamos a detener en ello,

⁴⁶ *Recuerdos espirituales*, 203 (228).

⁴⁷ Véase: T. O'REILLY, «El tránsito del temor servil al temor filial en los *Ejercicios espirituales* de S. Ignacio», en: J. PLAZAOLA (ed.), *Las fuentes de los Ejercicios espirituales de S. Ignacio*, Bilbao 1998, 223-240.

pues merecería un estudio particular y pormenorizado en el marco de un análisis más detallado de la postura de Fabro ante la Reforma.

Para terminar, quisiera dejar constancia de la relación de esta visión de la vida y del proceso espiritual con la última de las reglas ignacianas para sentir con la Iglesia, que encierran las últimas palabras de los Ejercicios espirituales (EE 370): «Dado que sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios nuestro Señor por puro amor, debemos mucho alabar el temor de la su divina majestad; porque no solamente el temor filial es cosa pía y santísima, mas aun el temor servil, donde otra cosa mejor o más útil el hombre no alcance, ayuda mucho para salir del pecado mortal; y, salido, fácilmente viene al temor filial, que es todo acepto y grato a Dios nuestro Señor, por estar en uno con el amor divino». ■